

BOLETIN **DE LA** **ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA**

TOMO LXV

OCTUBRE-DICIEMBRE DE 1982

No. 260

INQUIETUDES Y EXPECTATIVAS DE VENEZUELA SOBRE LAS RELACIONES HEMISFERICAS Y EL SISTEMA INTERAMERICANO *

Por HILARIÓN CARDOZO

18

Me es grato declarar abierta la presente sesión del Consejo Permanente de la Organización de los Estados Americanos, convocada para considerar los puntos que figuran en el proyecto del orden del día que ustedes conocen. En razón de empezar a ejercer la Presidencia del Consejo, la tradición ha hecho que en este acto sencillo, y de sobria trascendencia, en que los Estados rotan la Presidencia de este Organo, se digan algunas palabras que recojan el sentir de lo que se aspira a presentar como preocupación fundamental en los tres meses del correspondiente ejercicio.

Hablo de pie, rompiendo la costumbre que se mantiene en nuestra Organización de hacerlo sentado, casi como un símbolo de la igualdad jurídica de los Estados —Estados iguales, nos hablamos sentados— para expresar a ustedes el profundo respeto con que advengo a esta posición. Servidor del Consejo, quiero distinguir en este momento la expresión que, como vocero de mi país debo hacer, porque recibo la presidencia no a título personal sino para el ejercicio correspondiente a mi país, y la que como persona debo tener en la conducción de nuestros debates. Como representante de Venezuela, como latinoamericano y como hombre de América, nunca veréis en mí una posición neutral; hombre de convicciones, perteneciente a un país que delinea su política dentro de una perspectiva de principios, estaremos siempre adoptando alguna posición, lo cual no creemos incompatible con el ejercicio imparcial del cargo, porque la imparcialidad no destruye ni elimina, sino que ordena los sentimientos del corazón al ejercicio del deber y a la imposición de las obligaciones.

Bajo estas premisas, quiero expresar a ustedes las razones por las cuales mi Gobierno ha querido que al empezar este ejercicio, expresemos ante ustedes algunas reflexiones que señalen y recojan las inquietudes y las expectativas que observamos en el diario acontecer de nuestro hemisferio, y las cuales deseamos dejar como simiente, como grano de mostaza, para estimular el crecimiento y el fermento

* Discurso al asumir la presidencia del Consejo Permanente de la OEA.

de nuestras propias convicciones y lograr si es posible, Dios mediante, plasmar en alternativas, discusiones, conversaciones, cruce de ideas que permitan en la aparente confusión de hoy, vislumbrar caminos y descubrir el alborear de nuevas luces.

No es nuevo el señalamiento de la angustia que impera en nuestros países por el destino de nuestra Organización. Desde 1972 o más atrás, nuestros gobiernos han dicho y han repetido una y mil veces que la situación del hemisferio es digna de estudio y de reflexión, que el mantenimiento de la Organización exige cambios y transformaciones sustanciales que la adecúen y la hagan tomar el rumbo de la actualidad y el dominio de sus tiempos. Muchas discusiones se han hecho al respecto. No ha faltado nunca la buena voluntad de los Estados para sentarse a conversar, y durante muchos años esta Organización ha meditado y estudiado los problemas del Continente y la situación de la Organización. Plasmados en doce volúmenes están los estudios que la CESI hizo al respecto. Hace tres años tuve la oportunidad de proponer ante este Consejo la conveniencia de que, aprovechando la presencia de todos nosotros aquí y nuestra dedicación casi exclusiva al servicio de este Organo, efectuásemos reflexiones amistosas, no oficiales, que llamé: diálogos informales de Embajadores y que recogieran esa preocupación y trataran de encauzarla y convertirla no en una simple aspiración, o en una angustia irredenta que resuena como un eco por siempre en el destino americano, sino que se tratara realmente de recoger y plasmar en realidad viva y redimida esa inquietud.

Después, en un nuevo paso, la Representación de Panamá nos pidió que lo hiciéramos en diálogo formal. Las circunstancias mismas de nuestra posición y el afán de sinceridad nos llevaron a mantener el camino de los diálogos informales, para tener la seguridad de que nuestras conversaciones podrían rayar en lo más vivo de nuestra sinceridad, sin sostener posiciones oficiales de los Estados, sino volcar nuestras experiencias de hombres preocupados y estudiosos de la realidad de nuestro hemisferio. Pero estas circunstancias han cambiado. Lo que ha sido marcha normal, lo que ha sido permanente desarrollo de una situación que todos queremos y avizoramos, pero la que hemos dejado caminar con la sostenida lentitud con que los acontecimientos históricos avanzan de por sí cuando no hay la voluntad más firme de hombres dispuestos a acelerar su paso, se ha modificado. Circunstancias especiales, yo diría imprevistas, destruyeron la tranquila secuencia del proceso y han acelerado la obligación de terminar la discusión y de tomar decisiones.

El 2 de abril la República Argentina, cansada de años y años de conversaciones, de vanos esfuerzos bilaterales y de creencia y de fe en la acción de los órganos internacionales, dio un paso, para algunos reivindicativo de sus derechos, aunque para otros inconveniente en el campo de lo internacional. Allí empezó a vislumbrarse la primera división de nuestros sentimientos, a pesar de estar todos conformes y ser todos creyentes y convencidos de los derechos de Argentina, pues hasta ahora no se ha oído una sola voz discrepante para negarle su soberanía sobre las Islas Malvinas.

Sin embargo, los sucesos iniciales y las posiciones tomadas definieron actitudes ante las cuales no podemos callar un comentario. Los pueblos no pueden quedarse estáticos o con la mira puesta sobre el origen o las circunstancias que aparecen como desencadenantes de los hechos históricos, sino que hay que marchar con la

evolución de los mismos, seguirlos y tomarlos, casi como una pista de aterrizaje, en el momento en que es preciso hablar sobre ellos y afinar posiciones.

Al margen de las posiciones que se hayan mantenido, lo que nadie duda hoy es que la guerra de Las Malvinas se ha constituido en un tema que lo ha conmovido todo, que lo ha cuestionado todo, que lo remueve todo, y que obliga y exige en todos los órdenes de la vida del sistema, un reestudio, una reevaluación, y un replanteamiento en las relaciones de nuestro hemisferio. En 1973, el entonces Presidente de los Estados Unidos, señor Richard Nixon al presentar su mensaje al Congreso de los Estados Unidos, denominado "Política Exterior de los Estados Unidos para el Decenio de 1970: Estructuración de una Paz Duradera", documento cuya lectura demuestra y evidencia que en ese momento había un nuevo proyecto de política hacia América Latina que —después de la extraordinaria voluntad del Presidente Roosevelt con sus conocidos resultados, y luego de la extraordinaria voluntad del Presidente Kennedy que empezó a plasmarse y fue quebrada al quebrarse su vida—, había vuelto a incentivarse la voluntad de un gobierno de Norteamérica y se recogía en él lo que pudo haber sido un programa, con cuya totalidad es posible que tengamos discrepancias y seguro que las tenemos, pero que, de haberse puesto en práctica y de haberse continuado, habría quizás encaminado por otras vías nuestras relaciones.

En el extenso capítulo dedicado al análisis de las relaciones de Estados Unidos con América Latina, hacía dos grandes observaciones sobre el tratamiento del problema de Cuba por los órganos del Sistema, que entonces constituía la preocupación fundamental por la cual América empezaba a mostrar angustias sobre el destino y la suerte de la OEA. Dijo entonces el Presidente Nixon: "Una segunda razón de preocupación es que Cuba fue el primer miembro de la familia americana en dar la bienvenida al Hemisferio al poderío armado de un Estado no americano". Más adelante el Presidente Nixon añadió: "Una consideración final, una forma obvia de minar el prestigio y la eficacia de cualquier organismo internacional en que sus miembros, en forma individual, actúen solos contra las decisiones tomadas en conjunto".

Esas dos circunstancias de ayer, es doloroso decirlo, están también presentes en el tratamiento del problema de Las Malvinas, y nos han dolido muy hondo, y nos obligan a profundizar en el estudio y la reflexión de esta materia. En su famoso discurso del 17 de septiembre de 1796, el Presidente Washington, al despedirse del Congreso, decía: "Europa tiene un juego de intereses primarios cuya relación con nosotros es nula o muy remota; por lo tanto, tiene que verse envuelta a menudo en controversias cuyas causas son esencialmente extrañas a nuestros intereses, y sería desacertado comprometerlos mediante vínculos artificiales en las vicisitudes ordinarias de su política o en las combinaciones o coaliciones ordinarias de sus amistades o de sus enemistades". Ciertamente que esta doctrina, llamada doctrina de las dos esferas, del Presidente Washington y las de sus dos sucesores inmediatos, el Presidente Adams y el Presidente Jefferson, no hacían más que recoger lo que bullía en lo más profundo de la conveniencia política de la joven nación norteamericana y que, muchos años después, en 1823, desarrollara el Presidente Monroe en su célebre doctrina. En consecuencia, no era un hecho

aislado de la política exterior norteamericana lo expuesto por Monroe, sino, por el contrario, expresaba la lógica reiteración de todo el pensamiento oficial de Norteamérica desde su nacimiento como República hasta entonces. A nadie le puede caber duda de que los cimientos de esta doctrina han sido estremecidos por la situación de Las Malvinas.

Ciertamente que el Presidente Washington no defendía el aislacionismo y la neutralidad como un hecho permanente. Lo defendía como un hecho transitorio para ganar tiempo en darle a las instituciones de la naciente República la fuerza suficiente y el poder necesario para que sus neutralidades —decía él— fueran respetadas por todos; para tener, decía él, el dominio real de decidir sobre la guerra y sobre la paz. Pues bien, lo que América Latina pretendía, no era que Norteamérica renunciara a su condición de líder universal y de bastión fundamental del mundo occidental, no era que Norteamérica olvidara los compromisos y exigencias del Pacto del Atlántico Norte; lo que nosotros creíamos era que, en el contexto de una política global, los Estados Unidos debían tener el equilibrio necesario para entender que, si bien Inglaterra y el Pacto del Atlántico Norte son fundamentales en la consideración de una alianza militar, la amistad de los pueblos de América Latina es también elemento fundamental geopolítico para la propia seguridad de Norteamérica. Comprometer la amistad y el efecto latinoamericano por la importancia transitoria de un pacto militar o de la existencia de un gobierno, creemos que fue mucho más allá de lo que al hemisferio le conviene y mucho más allá de lo que su pasado y su historia exigen a la nación Norteamericana. Por lo tanto, sobra decir que el Sistema ha sido debilitado, que la posición sostenida por Norteamérica debilitó el Sistema en toda su integridad. Lo debilitó en el ejercicio de la seguridad colectiva, lo debilitó, de acuerdo al pensamiento del Presidente Nixon, al decirle al mundo entero que las resoluciones de nuestro hemisferio podían ser desatendidas unilateralmente por un Estado, al evidenciar que su respaldo estaba supeditado a intereses y circunstancias de una política distinta. Por lo tanto, no es absurdo afirmar que en este momento hay un virtual estado de indefensión frente a una virtual agresión. De qué manera, con qué autoridad podríamos nosotros citar al Organo de Consulta para la aplicación del TIAR frente a cualquier problema de subversión que pudiera tener connotaciones ideológicas de cualquier otro signo sin que se nos plantee la interrogante de si es que las agresiones extracontinentales se pueden dividir en buenas, cuando provienen del Oeste, y en malas, cuando provienen del Este.

Estamos realmente en un momento en el cual el sistema de seguridad colectiva reclama a la mayor brevedad posible su reorientación y su reestudio. No creo que debamos perdernos acá tratando de esconder la debilidad y la falta de unidad que mostramos en el momento crucial de enfrentar, no sólo la agresión armada sino la agresión económica. Cuando Europa se nos mostró coherente, dura, exigente, severa y casi cruel en la contemplación de la situación, no le pudimos responder con la misma fuerza y con la misma fortaleza, sino que tuvimos que acogernos a declaraciones que más o menos nos podían permitir salir con elegancia al afirmar la solaridad como el sentimiento más puro de la fraternidad americana. Pero, a la hora de un estudio sereno, de cara al futuro, no podemos, con frases de retórica de fuerza o con gritos a los Estados Unidos, o con

un lenguaje áspero y duro, ocultar la debilidad interior y la falta de unidad para tomar decisiones. Menos podríamos ocultar esa debilidad viniendo acá con zalamerías, o llegando a recoger ante el gobierno de los Estados Unidos, con frases más o menos dulces, la idea de que no ha pasado nada, de que todo puede ser borrado, de que podemos seguir como antes, de que un programa económico bastaría para resolver la situación; o venir a decir, en nombre de cualquier país, que es posible para los Estados Unidos reponer rápidamente la situación mediante un leve acercamiento, un abrazo o una sonrisa. No podemos seguir creyendo que los principios de la justicia social internacional tienen de por sí la fuerza suficiente para reordenar el curso de nuestra historia; no podemos tampoco creer que la razón intrínseca de nuestras posiciones, ni la validez de los principios y razones que sustentamos van a ser reconocidos por sí solos. Tenemos que sentarnos a trabajar con profundo ánimo constructivo, con madurez, con minuciosidad y con acuciosidad, mirando el curso de la historia, husmeando todas las circunstancias que han acontecido en nuestro devenir, para encontrar lo que tiene que ser nuestra tarea del presente. No creo que ésta sea de destrucción. Siento que todo marcha para el bien en la voluntad del Hacedor de la tierra y de los hombres. Que de esta extraordinaria lección que se desprende de la situación de Las Malvinas, en la cual se nos ha puesto de cara a nuestra dependencia con toda crueldad y sin ningún tapujo; en esta situación en la cual se nos ha arrinconado contra nuestra propia debilidad, encontraremos la fuerza y los caminos para superarnos como lo hemos hecho en otras oportunidades. Creo que ha entrado en la inmensa puja de la historia la discusión de las dos grandes concepciones del panamericanismo: la expresada por Bolívar, que planteaba la unión y la alianza ofensiva y defensiva de los pueblos, la mancomunidad de sus sentimientos, de sus fuerzas, de su potencialidad; y en su pensamiento consagrado en los acuerdos de Panamá, esencialmente americanos que tenían como principios las doctrinas ecuménicas de justicia internacional, de interdependencia, de pacifismo práctico, del valor de la conciliación para impedir la guerra, y de la conveniencia de establecer y mantener un organismo imparcial y de influencia generalmente reconocida, que actuase como tribunal supremo en los conflictos que afectasen a las Américas y por extensión lógica e inevitable al resto del mundo. Y la concepción de un panamericanismo pragmático, sostenida por los Estados Unidos como una forma y manera de lograr una zona de influencia y de dominio comercial. Como afirmaba don Herminio Portell Vila: "En realidad, lo que el panamericanismo de Bolívar y del Congreso de Panamá quería en 1826, era exactamente lo contrario de lo que los Estados Unidos y las potencias europeas aspiraban a tener en cuanto a las relaciones de las naciones de América. Por ello, cuando ni siquiera todos los países hispanoamericanos se mostraron conformes con la unión o alianza propuesta y comenzó el período aciago de las sublevaciones y cuartelazos del caudillismo, de que fue víctima el propio Bolívar, los ideales bolivarianos fueron echados a un lado por los soldados y los políticos ambiciosos, cuyo egoísmo proscibía toda posibilidad de acercamiento internacional". Así se impulsó entonces el panamericanismo de Blaine en 1881. En esa oportunidad se impulsó un movimiento de acercamiento continental en el cual se esbozaban pretensiones hegemónicas y ventajas unilaterales que un día proclamarían a cara descubierta sus sucesores con la declaración de que la voluntad del gobierno más poderoso

del Continente era el visto bueno necesario y se podía abrogar la facultad de imponer derechos y deberes sobre los demás países de América.

Estas desconcertantes circunstancias de hoy nos van llevando a encontrar nuestro mejor destino y nuestro mejor camino. Pienso que de estos hechos todavía en movimiento, todavía en potencialidad, todavía sin concluir, pues el problema de Las Malvinas no ha sido resuelto, podemos obtener el fortalecimiento de una gran conciencia latinoamericana. Cuán lamentable es que quienes están negociando en este momento el final de la guerra de Las Malvinas no hayan encontrado en los hechos pasados de nuestra gesta emancipadora inspiración para sus conclusiones. Estados Unidos recuerda mucho la figura de un hombre llevado por Venezuela al mundo y traído por la pasión de la libertad a la lucha americana, el General Francisco de Miranda, precursor de nuestra independencia, el primer soñador de la América unida. De él pudieron haber obtenido una gran lección si hubieran recordado que, después de la muerte de Robespierre, cuando el gobierno francés le ofreció la oportunidad de incorporarse al mando del ejército, Miranda les contestó con arrogancia: "Señor, he combatido de todo corazón por la causa de la libertad, pero me repugna ir a pelear para hacer conquistas". Así debieron responder los países de Europa y de América amantes de la libertad a la Gran Bretaña: Estamos dispuestos a unir todas las fuerzas de occidente para defender la libertad, estamos dispuestos para defender la dignidad de la persona humana, estamos dispuestos a unir todas las fuerzas de occidente para defender los principios básicos de la civilización cristiana, pero nos aborrece y nos indigna unir las fuerzas de América para defender el colonialismo, la opresión o el totalitarismo en cualquier parte del mundo.

Hemos sido muchas veces ciegos en la contemplación de nuestra historia. Nos hemos sentido muchas veces pequeños y hemos escondido toda la grandeza y fuerza moral de nuestro pasado para mirar hacia otros Continentes. Estados Unidos es ha dejado arrebatar su más hermosa bandera. Mucho más se habla de la Revolución Francesa y de Inglaterra como cuna de la democracia olvidando que fue aquí en este país, donde nació con la declaración de independencia la primera gran república democrática y en América Latina estamos permanentemente buscando la raíz de nuestro origen; mirando hacia atrás, nos hemos quedado añorando el pasado sin percatarnos de nuestra fuerza y de nuestras potencialidades. Somos admiradores de la inmensa creatividad del Imperio Romano. Somos admiradores de los códigos venidos de Grecia o de Roma y de la fuerza transformadora de los códigos napoleónicos. Seguimos preguntándonos de dónde venimos y hacia dónde vamos. Nos cuesta comprender que si bien podemos admirar los portentosos aportes de las civilizaciones griegas, latinas o sajonas, no debemos olvidar que América Latina, aun cuando fue un Continente ignorado por la historia, no careció de ella. Por qué olvidar las inmensas realizaciones de las culturas azteca y maya, el prodigioso desarrollo del imperio de los incas. ¿Es que acaso no fue tan poderoso como los emperadores asiáticos, romanos o griegos el inca que mandaba desde el Sur de Pastos en Colombia hasta el Altiplano boliviano? En aquel inmenso y poderoso imperio que cubría casi toda América, había una sola unidad, una sola fuerza, una profunda convicción de unión, y es ese espíritu el que se nos ha debilitado muchas veces al olvidarnos de nuestra historia. Por eso hoy discutimos vanamente sobre lo que va a pasar con Las

Malvinas, porque no demostrarle a los ingleses que no es posible mantener el colonialismo en América y que su Armada no puede pretender convertirse nuevamente en la armada filibustera o pirata para el establecimiento de colonias? Porqué no presentarles a ellos, que se dicen cultos y defensores de las tradiciones europeas, el Código con que el Mariscal Sucre, al sellar la independencia de América a los pies del Conduncurqui, enseñó la grandeza de la magnanimidad, dio al derecho internacional y a las guerras una nueva orientación, y le enseñaba a los pueblos, que la grandeza no estaba tanto en la victoria obtenida en el campo de batalla, como en el corazón de unos hombres que sabían utilizar las armas, no para oprimir ni para destruir, sino para sembrar dignidad, dejando a salvo, que el amor y la nobleza seguirán siendo el símbolo distintivo del corazón humano cuando el hombre es hombre y cumple su misión de tal.

Porqué no enviarle a los pueblos europeos esta capitulación firmada por el Mariscal Sucre y por el General Canterac que decía, en su artículo 2, "...se concede la libertad de viajar a su país a los prisioneros de guerra españoles y se establece que el Perú le pague el viaje de regreso". En su artículo 4º, decía: "...nadie, a pesar de haber servido a la causa real podrá ser incomodado por ello", en su artículo 5º, consagraba: "...cualquier individuo habitante del Perú podrá trasladarse actualmente a cualquier otro país en virtud del tratado y podrá llevarse a su familia y a su propiedad". En el artículo 10, "...cualquier miembro del ejército que desee abandonar el servicio y permanecer en el Perú, lo podía hacer y además sería respetado en su persona y en sus bienes". El artículo 12, sostenía que: "...se enviarán a los jefes de ambos ejércitos a las provincias unidas para que entreguen unos y los otros reciban los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones".

El artículo 15, decía: "...se concede la libertad a todos los jefes y oficiales prisioneros hechos por ambos ejércitos". En su artículo 16, se concedía el uso de sus uniformes y espadas a los generales, jefes y que podrían mantener el servicio de sus correspondientes asistentes, y el artículo 18, en la expresión más grande de generosidad en la guerra que el mundo conoce, el General Sucre estampaba, "...toda duda que se ofreciere, sobre alguno de los artículos del presente tratado, se interpretará a favor de los individuos del ejército de España. Por qué entonces, no invitarlos a contrastar esta actitud suramericana con las declaraciones que hace el gobierno británico? Este Consejo ha recibido una nota del señor Embajador de Argentina, donde nos dice que se está dirigiendo a la Cruz Roja Internacional, es decir que tiene que pedirle a la conmiseración y a la misericordia del mundo, que Inglaterra respete la dignidad de los hombres que Argentina tenía en las Islas de Las Malvinas.

"El Gobierno del Reino Unido —nos dice el Embajador de Argentina—, ha informado que se propone retener entre 500 y 600 prisioneros de guerra argentinos que actualmente se encuentran en Las Malvinas, con esto se pone de manifiesto la intención británica de utilizar a prisioneros de guerra como rehenes para forzar decisiones de carácter político y se expresa la preocupación del Gobierno argentino por el hecho de que estén utilizando prisioneros de guerra para la ubicación y desactivación de minas terrestres, situación que repite circunstancias que ya costaron vidas a varios prisioneros argentinos".

Creo, señores Embajadores que eso sólo bastaría para conmover el mundo. Y nos parece increíble que todavía a estas alturas, mientras que los países europeos sobre la marcha, casi como pesándoles lo que habían hecho, el mismo día que se anuncia la rendición levantan las sanciones económicas y en cambio nuestro hermano más poderoso, de este continente, nos declara ayer por boca de su Presidente, que todavía el Gobierno norteamericano, no ha entrado a estudiar cuándo va a levantar las sanciones al Gobierno de Argentina. ¿Es posible que nosotros, en nuestra Organización, no conversemos sobre todas estas cosas y no nos dispongamos al análisis sereno, consciente de nuestra realidad, de nuestra debilidad?

Ciertamente que hemos incurrido en contradicciones, ciertamente que la posición norteamericana nos ha dolido. No he tenido nunca empacho en afirmarlo, no queremos ofender ni herir, ni hacer ejercicio de confrontación con los Estados Unidos, nos sentimos reales amigos de los Estados Unidos, sentimos que no se pueden comparar, los sistemas de gobierno que representan la opresión y totalitarismo, aunque sus pueblos, como cualquier pueblo del mundo, amen la libertad, con esta gran democracia americana, que lo es en la realidad de su vida en libertad, pero que pareciera que a veces se obnubila en su camino, en su visión y en su rumbo.

Lo hacemos, no para poner el dedo en la llaga, no como diríamos en lenguaje castizo, para echarle leña al fuego, lo hacemos no para sembrar separación y discordia, lo hacemos para hacerle comprender a los amigos de Norteamérica que ellos están obligados a entender la recta posición de la amistad, que si ellos buscaron en un momento determinado en esta Organización una posibilidad de influencia, eso no es posible en el mundo de hoy y que los pueblos de América están dispuestos a ofrecer amistad a la altura del corazón, manteniéndose de pie, erguidos sobre la estatura moral de su propia dignidad y de sus propias convicciones; que ser amigos no es ser seguidores, que ser amigos no es ser de antemano y por siempre sujeto aleatorio de determinada posición con la cual se puede contar de antemano, sino que Estados Unidos tiene que encontrar en el continente latinoamericano o en el continente suramericano, la visión de una comunidad fraterna, de igualdad real, no sólo en el origen teórico metafísico o teológico de su concepción, sino en la vida real, en el respeto de todos los días, fabricando unas relaciones donde ese mutuo respeto sea realmente llevado al ejercicio de la práctica.

Este es el panamericanismo de Bolívar. Por esto es un absurdo que nos pongamos a pelear y a discutir si este Sistema será Sistema con los Estados Unidos o sin los Estados Unidos; y que América Latina se pierda en una discusión en este momento sobre qué es lo que se va a hacer en cuanto a la relación con los Estados Unidos. Es evidente que en el orden de la seguridad colectiva, debemos analizar su dependencia en todos los órdenes como una constante que debemos resolver.

Tenemos que tomar conciencia del hecho de nuestra dependencia en todos los órdenes para poderla combatir. En lo militar nos enorgullecemos cuando en los desfiles militares con motivo de nuestras fiestas nacionales ponemos a rodar sobre el pavimento de nuestras ciudades los armamentos comprados a potencias

industrializadas, olvidándose de que mientras ese armamento sea utilizado para nuestros problemas de orden público interno, o en los enfrentamientos entre estados de América Latina, nos los dejan manejar sin ningún obstáculo, pero cuando en algunas circunstancias como en Las Malvinas, esos armamentos tienen que ser utilizados para retar el poder de las potencias que los fabrican, entonces se manipulan y se ejerce presión sobre los créditos que se nos prestaron para comprarlos y los mismos armamentos son obstaculizados en su funcionamiento, negándonos los repuestos necesarios y hasta enseñando al adversario las fallas de combate del armamento que se posee.

En el orden político hay que analizar la realidad de que nuestra seguridad colectiva, en el marco del Tratado de Río, ha venido dependiendo fundamentalmente de la presencia y del poder de los Estados Unidos. Si bien es verdad que muchas veces nuestros países pudieron morigerar o impedir que los Estados Unidos aplicaran el Tratado de Asistencia Recíproca movido por sus exclusivos intereses, y en otras oportunidades se logró darle una orientación acorde con los intereses generales del continente, como en el caso de Nicaragua; también es cierto que cuando se aplicó se hizo con el apoyo y la presencia de ese país. Pero cuando se quiso aplicar contra su voluntad, como en caso de las Malvinas, fue prácticamente imposible y nos quedamos como alucinados, sin saber qué era lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué razón?, porque nuestra seguridad no estribaba en la fuerza real de nuestros países, sino en el poder de un solo país y en consecuencia, al faltarnos ese apoyo, quedó al desnudo la inmensa y profunda debilidad de nuestro pacto.

Pero esto mismo nos hace reflexionar sobre otros temas que son importantes para nosotros. Es que se demostró también que el hecho geográfico no basta en una determinada situación para inclinar a un país, sino que por el contrario, circunstancias de otra naturaleza pueden ser más importantes y poderosas que las geográficas para determinar una posición. En consecuencia, si está comprobado que no tuvimos fuerza para arrastrar al más poderoso en un momento determinado, el más poderoso sí la tiene para llevarnos a actitudes o a situaciones que pudieran ser las menos convenientes para nosotros y no debemos esperar la comprobación en los hechos. Un subcontinente como éste, desnuclearizado, que aborrece toda agresión y que quiere mantenerse como zona de paz, debe trazar una estrategia que le permita definir y hacer respetar la posición que adopte. Estos peligros también deben ser apreciados y analizados por nosotros.

El General Alexander Haig en un artículo denominado "La OTAN en la década de los ochenta", afirmaba: "Otro factor que debería preocupar a los consejos de la OTAN es la importancia política y económica del tercer mundo para el occidente. La creciente dependencia de las democracias industrializadas en las importaciones de zonas volátiles, como es el caso del petróleo en el oriente medio o de minerales vitales en África del Sur. Esta dependencia requiere que los miembros de la OTAN presten una gran atención a los acontecimientos que ocurren en esas regiones".

Y continuaba: "Si la inestabilidad en esas áreas es causada por conflictos internos o intervenciones externas, las consecuencias para el accidente serían

desastrosas". Y más adelante reiteraba: "La OTAN no es solamente una Organización Militar, sino una alianza política". "El peligro actual para la seguridad económica radica en la gran dependencia de energía de la volátil zona del Golfo Pérsico. Como aliados comerciales e importadores de petróleo de la OPEP, los miembros de la OTAN deberían asegurar su economía basándose en su seguridad política". Y si esto constituye preocupación para la OTAN, no han de serlo también para nosotros las conclusiones de la OTAN. No debemos acaso estudiar lo que piensa la OTAN sobre nosotros?

Este continente, cuyos países están hoy solicitando préstamos, no tan sólo para sus programas de desarrollo, sino que muchos lo están haciendo también para pagar el servicio de la deuda externa, no tiene acaso que reflexionar sobre lo que puede significar la actitud de la mancomunidad europea al tomar sanciones en contra de un país latinoamericano para imponerle decisiones políticas? Las sanciones aplicadas en el caso de las Malvinas será un hecho aislado o la decisión de la Comunidad Económica Europea será un precedente que puede ser aplicado a otros mañana? Es que si algún país, declarado en quiebra, no pudiera atender los requerimientos de sus compromisos internacionales volveríamos a contemplar el espectáculo denigrante del uso de las cañoneras para cobrar las deudas? ¿Es que se va a cambiar la fuerza de los cañones por la fuerza de las sanciones para ahogar y destruir la posibilidad de desarrollo de los pueblos del tercer mundo? Son reflexiones que nuestro continente debe hacer, porque si la alianza del Atlántico Norte es una alianza militar y política, no solamente para defenderse de una agresión, sino que en un momento determinado puede unificarse para imponer sanciones a cualquier país, que se rebele a sus designios en lo político o en lo económico, se hace necesario que esto que el General Haig señala para el Medio Oriente, sea también estudiado en sus posibles consecuencias para América Latina y el tercer mundo, con especial y urgente consideración para tomar las decisiones políticas más viables.

En este cuadro hay una última posición que quiero analizar. La sostenida por el Caribe inglés.

Mi Gobierno mantiene profunda amistad con los pueblos del Caribe inglés y, por más de dos años y medio me he dedicado a recorrer casi tres o cuatro veces al año, en nombre de mi gobierno y por instrucción especial del Presidente Herrera, a estos países. He tenido la oportunidad y el honor de conocer sus clases dirigentes, políticas, empresariales, sindicales, religiosas, militares y técnicas. He conversado con ellos sobre la situación de las relaciones con nuestros países y hemos prolijado seminarios de interrelación en el plano de lo cultural, de lo técnico y de lo jurídico para fortalecer esta relación. Creo que estamos en capacidad de comprender la posición de los pueblos del Caribe inglés.

Me han dicho muchas veces —y nosotros lo creemos— que su posición no ha sido derivada de una vinculación a la vieja potencia colonial, ni de una defensa del colonialismo en nuestro continente, sino que su posición se ha derivado estricta y llanamente del impacto que en ellos produjo el paso inicial dado por la Argentina. Que para ellos, es tesis invariable y principio insustituible de su política exterior el rechazo a cualquier acto de fuerza, sea cual sea la causa que lo

genere. Que en base a ese principio fijaron su posición no para respaldar a la Gran Bretaña sino para cubrirse en su condición de pequeños estados sin fuerza militar. Por esta razón, pienso que tenemos que ser profundamente cautelosos y cuidadosos y no hacer interpretaciones ni alentar especulaciones, sino que debemos aceptar de buena fe con espíritu de hermandad y de fraternidad las razones objetivas que sus gobiernos han ofrecido. Y, en la medida en que cimentemos en la confianza esas relaciones podremos entonces dar tiempo al tiempo para afianzar más los vínculos de unión. Es todavía reciente su proceso de descolonización. Todavía sus países no han logrado establecer sistemas y condiciones propias en lo económico y algunas veces hasta en lo cultural. Es todavía muy prematuro el tiempo para el dominio absoluto por estos gobiernos de todas las circunstancias que dominan su vida misma. Allí está un ejemplo de las secuelas del colonialismo. En esta Organización están los pueblos del Caribe. Ellos son y han sido los más interesados en hablar y en reclamar cooperación; y nosotros hemos estado dispuestos a prestarla porque hemos estado dispuestos a darle al Caribe lo que no le dio la potencia colonizadora durante el tiempo de su explotación. El cuadro económico del Caribe nos revela que la dominación inglesa mantuvo un régimen de explotación al margen de los adelantos que en infraestructura y tecnología exige el desarrollo económico y social contemporáneo, aunque pudo dejar una tradición cultural que tenemos que respetar. Algunos de los pueblos del Caribe angloparlante tienen un rancio abolengo parlamentario, mayor quizás que muchos de los más viejos países latinoamericanos. Esa fuerza cultural tenemos que ahondarla y enraizarla con la nuestra. Donde nuestras raíces se tocan y se profundizan es en el componente africano de nuestro mestizaje. En esa raíz está la base de nuestra integración. Cuando ellos se hagan parte del mestizaje americano entonces dejará de ser Caribe inglés, francés u holandés y habrá nacido, por la fuerza del amor, en la fusión de las razas, la América Insular. Pero así como nosotros tenemos que ser comprensivos y dar pasos sin esperar que ellos los den para buscarlos y ofrecerles nuestro afecto y nuestra relación, y realizar las reformas necesarias en nuestras leyes y en nuestros reglamentos y métodos para facilitar esa relación, también es justo que le pidamos a los pueblos del Caribe que den pasos efectivos y reales para entender y comprender a los pueblos de América Continental. Es necesario que la América Insular sienta que el Mar Caribe en el cual vive no es el mar que nos separa sino que por el contrario, es el elemento que nos vincula y nos une. Por lo tanto en ese acercamiento que ellos también tienen que realizar deben venir desprovistos de prejuicios, sin ninguna reticencia, creyendo en nuestra buena fe, mirándonos a los ojos y convencidos de que somos pueblos hermanos. Debemos pensar en aquello que impresionó a un legado de Roma cuando llegó por primera vez y presencié absorto la nueva realidad que significaba el pueblo de Judá. Cuando el legado romano se presenta ante el etnarca Simeón y le interroga sobre cómo es posible que liberen los esclavos y preconicen que hay que dejar trabajar las tierras para descansarlas, y que establecieran leyes incomprensibles para entonces, la respuesta del etnarca Simeón fue desconcertante: "Porque fuimos esclavos en Egipto". Allí estaba la razón de actuar de un pueblo, forjado en el profundo sacrificio de la esclavitud. Nosotros deberíamos recordarnos a cada rato que fuimos también colonias de España; que fuimos colonias de Portugal; que fuimos colonias francesas y que

aún existen los llamados por Francia, territorios de ultramar; y que aún subsisten colonias extranjeras. Que fuimos colonias es el denominador común de todas las Américas. Porque fuimos colonias tenemos que dejar de ser colonias. Dejar de ser colonias en lo político, dejar de ser colonias en lo cultural, y dejar de ser colonias en lo social y dejar de ser colonias en lo militar y dejar de ser colonias en los aspectos más profundos de nuestra vida y de nuestro ser. La hora presente nos reclama, nos reta. No es discutir nosotros si hacemos sistemas con los Estados Unidos o sin los Estados Unidos. Es sentarnos a asumir el riesgo de nuestra propia historia. Es dejar de ser los niños con hogar propio separado, pero mantenidos por los padres; es dejar de mirar en forma vertical a las potencias europeas y clamarles que nos den por favor un nuevo trato; es dejar de clamar a los Estados Unidos para que nos dé un nuevo trato; es darnos nosotros el nuevo trato que queremos que se nos dé. Es plantarnos firmes demostrando que somos capaces de asumir nuestros propios riesgos. ¿No recordamos acaso cómo fue que Europa y los países industrializados aceptaron el diálogo Norte-Sur? No fue sino el día en que un grupo de países latinoamericanos y árabes encabezados por Venezuela, tomaron en sus manos la responsabilidad de fijar unilateralmente los precios del petróleo, cuando los países industrializados entendieron, sin importar otras razones y sin atención a la justicia, que tenían que sentarse a dialogar con los pueblos poseedores de una de las materias primas energéticas más importantes. Allí nació el diálogo Norte-Sur. Esa es la historia que tenemos que recordar. Mientras que estemos pidiendo un nuevo diálogo, mientras que estemos pidiendo una relación pero sigamos en el juego de las relaciones actuales, se encargarán siempre de diluir en el tiempo todas las posibilidades, ¿por qué?, porque le estamos pidiendo al que nos tiene sometido, que nos deje de someter. Por esta razón tenemos que forjar nuestra propia estrategia, determinar nuestra propia situación, definir nuestros propios caminos. Esa es la tarea. Sé que para muchos es irreal, es difícil, y casi ribeteada de absurdo. Ciertamente estoy seguro de que otro sería el pensamiento de los pueblos del mundo frente a este continente, si fuéramos capaces de sentarnos en una mesa todos, todo el continente, y empezar a decir cuánto tenemos en energía: tanto. Cuánto necesitamos: tanto. El excedente véndase. Cuánto tenemos en cereales: tanto. Cuánto consumimos: tanto. El excedente véndase. El día en que los pueblos del mundo sientan que nosotros somos capaces de hacer de nuestras debilidades o de nuestras treinta debilidades, una sola unidad de fuerza y de potencia, ese día entonces seremos capaces —como decía el Presidente Washington a su pueblo— de hacer respetar nuestras neutralidades y de poder hablar con voz propia sobre la guerra y la paz. Mi país ha sostenido al respecto tesis muy claras. El Presidente Herrera las planteó en las Naciones Unidas y las ratificó en su visita al Consejo Permanente. El Canciller Zambrano las sostuvo ante el Consejo Permanente y ante la Asamblea General reunida en Bolivia. “Nosotros creemos en el fortalecimiento del sistema mediante el fortalecimiento de sus partes débiles. Creemos además que la Organización debe enfrentar con sentido histórico su marcha. Entendemos las dificultades. Pensamos que hoy lo fundamental, más que los objetivos y los principios que están claramente delineados en la Carta y que la OEA tiene años discutiéndolos y sus conclusiones las tiene en la CECI, lo que realmente nos ha faltado es una estrategia para aumentar el poder y la fuerza real de nuestro subcontinente.

Una estrategia política clara que unifique acciones y ejecute políticas en forma sistemática. Por esto hoy se precisa no sólo cambiar la OEA. Lo primero e importante es que cambiemos nosotros en nuestra mentalidad y en nuestra actitud. No creemos práctico seguir actuando de arriba hacia abajo con declaraciones y discursos sino que hay que ir a lo concreto, práctico y realista. Por lo tanto no debemos aspirar a lograr todas las cosas a la vez, ni realizar todos los cambios de un momento, sino que debemos proponernos una estrategia que motorice la marcha progresiva de esos acontecimientos. Por eso pensamos que en este momento hay que afrontar dos claras situaciones. Somos dependientes, hemos dicho, y esa dependencia donde más nos molesta y donde más nos mata, y donde más nos obliga y donde más nos menoscaba, y donde más nos hiere, y donde más nos impone, es en el campo de la economía. No hay posibilidad de fortalecer nuestros sistemas políticos democráticos, ni de fortalecer nuestros sistemas sociales democráticos, ni de lograr un desarrollo autónomo e independiente, sin una economía fuerte y poderosa. Ya lo dijo su Santidad Juan Pablo II: "¿Cuál puede ser la libertad de las naciones cuya existencia, aspiraciones y relaciones están condicionadas por el miedo, en vez de la confianza mutua, por la opresión en vez de la libre búsqueda del bien común?". La libertad es herida cuando las relaciones entre los pueblos se fundan no sobre el respeto de la dignidad igual de cada uno, sino sobre el derecho del más fuerte, sobre la actitud de bloques dominantes y sobre imperialismos militares o políticos. La libertad de las naciones es herida, cuando se obliga a las pequeñas naciones a alinearse con las grandes para haber asegurado su derecho a la existencia autónoma o a su supervivencia. La libertad es herida cuando el diálogo entre compañeros iguales no es posible a causa de las dominaciones económicas o financieras ejercidas por las naciones privilegiadas y fuertes. Cualquier empeño que se formule para darle a la América Latina una base de desarrollo, tiene que fundamentarse en el contexto del fortalecimiento de todas y cada una de las economías de nuestros países. Porque es allí donde nos aprietan el cordón cuando nos quieren ahorcar. Es allí donde nuestras soberanías se cuestionan muchas veces. Cada vez que el Fondo Monetario Internacional o cualquier otro organismo internacional, en orden a razones técnicas, le impone a un gobierno medidas que elimine planteamientos sociales, está poniendo a los gobiernos de América ante la disyuntiva de escoger entre dejar a los pueblos sin atención social y si es posible generar inmensas convulsiones, o por otro lado, salirse del Fondo y de otros organismos y en consecuencia ponerse al margen del sistema de cooperación y dejar de recibir créditos y asistencia.

Siempre decimos con sentido teórico que compete a la soberanía de los estados determinar los programas y sus prioridades. Pero cuantos son los países que lo pueden hacer en nuestro continente, pues por lo general van con sus proyectos a pedir, a desgastar las alfombras de los organismos internacionales pidiendo préstamos, y éstos le dicen: Para éste sí, para éste no, para éste doy, para aquél no. Y al final, ¿qué ocurre? Que el gobierno no puede hacer lo que quería sino que tiene que poner en marcha aquellos programas para los cuales los organismos internacionales dirigidos por los países industrializados les dieron financiamiento. Después vendrán las imposiciones en el campo de la administración y más tarde el compulsamiento de las deudas. América Latina y el Caribe, o mejor América del Sur, tiene que sentarse a reflexionar sobre si es capaz de ge-

nerar, a través de los países que tienen recursos, alguna posibilidad objetiva y real de crear un mercado de capitales verdaderamente nuestro y autónomo para responder efectivamente a las exigencias de su desarrollo y ofrecerle a los países pequeños la posibilidad de no someterse al dominio de los organismos y países que controlan las fuentes de financiamiento; o seguirá como hasta ahora, sometida a los modelos y a la inversión de los países industrializados que limitan y distorsionan sus posibilidades de desarrollo. Ciertamente que necesitamos el capital extranjero, pero debemos exigir una definición clara de normas internacionales en cuanto a la conducta ética y política de tales capitales. Debemos darles seguridad, sí, y una justa ganancia a su inversión, pero debemos quitarle el carácter especulativo. Creo que este aspecto tenemos que afrontarlo de inmediato, al igual que de inmediato tenemos que afrontar el problema de nuestra unidad. Mientras que se nos siga viendo desunidos, mientras que se piense que América Latina no podrá hacer nada porque tenemos gobiernos diferentes, se seguirá estimulando la desunión atizando nuestras contradicciones. Cómo es posible pensar que la diferencia de nacionalidades o de idiomas, o de gobiernos puede impedir la unidad del Continente. ¿Acaso impidió la europea? ¿Es que acaso son mayores las afinidades europeas que las de nuestro continente para lograr su propia unidad? Y ¿acaso la unificación de Europa no fue una demostración de que era posible por el impulso de la necesidad sobrepasar muchas cosas por importantes que fueran? Nosotros podemos hacerlo también, y para eso tenemos que buscar el camino más práctico y realista.

Mi Gobierno cree que podemos empezar a dar los primeros pasos. ¿Cuáles? Si no podemos todavía lograr una total integración, sí podemos y debemos empezar con esfuerzos parciales de unidad. Empecemos por separar de las relaciones bilaterales, cuatro, cinco, seis materias y reservarlas para el trato multilateral. Declaremos que en tales materias América Latina sólo negociará multilateralmente; es posible que con sus varias voces, pero con una sola orientación, en la búsqueda de las mismas metas y guiada por el interés continental. Así empezaremos a mostrar la unidad en torno a algunos aspectos concretos.

Si nos ponemos de acuerdo y sobre esas materias empezamos a sostener, no a pedir que se nos conceda, sino a realizar con firme voluntad un diálogo multilateral de América del Sur, entonces estamos seguros, que después vendrán nuevas materias hasta el día que definitivamente hayamos logrado nuestra integración. Por pocas que sean las materias que escojamos para empezar se hará imperativo pasar a la reforma estructural de la OEA. El día que nosotros tengamos recursos económicos propios para nuestro desarrollo y el día que nosotros tengamos una unidad básica sobre algunas materias, todo este Sistema tendrá que ser necesariamente revisado y reorganizado, adecuándolo a esa nueva realidad.

Podríamos concebir nuestra Organización dividida en dos grandes regiones: la Norte formada por los Estados Unidos y, si algún día lo quisiera, el Canadá; y la región Sur, desde México hasta el agudo vértice de Tierra del Fuego y Cabo de Hornos. Cada una de estas regiones podría organizarse en Subregiones, las cuales buscarían resolver los problemas específicos de su área mediante el diálogo y los mecanismos que fuese necesario establecer en cada subregión, concertando su acción y orientándolos para confluir hacia el diálogo de la región.

La región suramericana a través de los órganos y mecanismos de ella, tales como SELA, OLADE, y otros que se hicieran necesarios, discutiría sus problemas y elaboraría las alternativas para ser presentadas a un nuevo órgano de concertación política que pudiera llamarse "Conferencia de Cancilleres de la Región Suramericana", para definir allí la postura común, la acción común, la orientación común, las metas y los objetivos comunes, para ir entonces al foro hemisférico, la Asamblea General de la OEA, para el diálogo y negociación de las dos regiones.

Equilibrar el poder de Norteamérica con la fuerza de la unidad suramericana es un camino que creemos se hace imperativo para que este continente pueda mantener su hermandad, pueda mantener sin complejos y sin dobleces una verdadera amistad.

La relación con Norteamérica no es hecho de quererlo o no, es un determinante geográfico que no podemos cambiar, ni sus relaciones las podemos eludir porque son primarias y fundamentales para nosotros, pues toman aspectos esenciales de la vida de nuestros países. En consecuencia lo que hay que hacer es ponernos en capacidad de tener una sola, fuerte, firme y robusta posición. El momento es óptimo para encarar estas definiciones. Hay un movimiento que avanza desde los pueblos hacia los gobiernos y que sobre el dolor y desconcierto producido por los acontecimientos de las Malvinas, exige acciones rápidas y definitivas. Esto ha hecho que todos nuestros gobiernos hayan tenido que fijar posiciones, pero lo están haciendo cada uno por separado. Todos concuerdan en sus planteamientos en que las relaciones con los Estados Unidos deben ser revisadas y que el Sistema debe ser reorientado. Venezuela en anterior oportunidad habló de la necesidad de una consulta y planteamiento a nivel continental. Uruguay expresó por boca de su Presidente, la conveniencia de una conferencia de Jefes de Estado, el Sr. Presidente de Panamá lo acaba de plantear en las Naciones Unidas, el Sr. Canciller del Perú está iniciando el estudio de alternativas que serían fundamentales para este propósito. Hoy el Sr. Presidente de Chile acaba de anunciar su adhesión a la idea de una conferencia de Jefes de Estado. Parece pues que todos creen que hay algo que se debe hacer. Por esto Venezuela ha querido, interpretando esta angustia colectiva, formular este planteamiento que puede iniciar la preparación de una Conferencia de Cancilleres de América del Sur o bien de una Asamblea General Extraordinaria previa a la Asamblea General Ordinaria, sustitutiva del llamado Diálogo Informal de Cancilleres. Parece que hay voluntad política de acción, pues los gobiernos lo están diciendo. Si va creciendo ese impulso fluye de los pueblos que reclaman nuevas y actualizadas posiciones, y los gobiernos están comprendiendo que vivimos unas horas impostergables para el destino de América, este órgano político de la Organización de los Estados Americanos debe ser el crisol forjador de estas transformaciones. Nosotros debemos ser los catalizadores de esa angustia y el camino para que vayan y vengan desde cada uno y hacia nuestros gobiernos estas inquietudes y estas expectativas. Por esto lo que proponemos es eso: Iniciar el diálogo preparatorio para tomar las decisiones necesarias. No podemos dejar que vuelva el desaliento, los pueblos de América están pendientes de nuestras decisiones y si nos ven inactivos pensarán que todo se vuelve a apaciguar, que una vez más los gobiernos se olvidaron, que ya los soldados de las Malvinas serán enterrados y todo seguirá

igual, y que en salones y recepciones se volverá a brindar por la hermandad y la felicidad eterna de nuestras relaciones. Pero aun tan grave como aquello es que demos tiempo a los defensores del anquilosamiento y de la petrificación para que agudicen sus presiones y sus maniobras de todo tipo, para que nada se toque y para que nada cambie. Es esta la hora, es este el momento preciso para asumir esa extraordinaria responsabilidad. Asumamos esta hora de América. Demos paso al diálogo fecundo para unirnos en el trabajo, al cruce de las ideas para aproximar nuestras posiciones, disminuyendo reales discrepancias o aparentes malentendidos para lograr la puesta en común de la voluntad y de la acción.

Voluntades hay en las dos regiones.

Quisiera recordar algunas expresiones del Presidente Kennedy reclamando y pidiendo a los Estados Unidos una postura de vanguardia. El Presidente John F. Kennedy decía en su discurso denominado "Siete pacíficas revoluciones en nuestro tiempo": En Asia, en Hispanoamérica y particularmente en Africa, el eterno deseo que el hombre tiene de ser libre, está alcanzando un punto álgido. No cabe duda, de que al final esos pueblos serán y deberán ser libres e iguales. La única cuestión que se plantea se refiere al tiempo, y así, una vez que hayan conseguido su libertad, considerarán a los Estados Unidos amigo o enemigo. Esta Nación, cuna de la Declaración de la Independencia, debiera encauzar, en lugar de ayudar a reprimirla esa revolución nacionalista". Y en su discurso sobre "Una nueva forma de enfocar la política exterior", el Presidente Kennedy decía, que el papel de Norteamérica no era el de defender el *status quo* sino el de abrirle a los pueblos el camino del progreso y de la libertad. Su hermano, Robert Kennedy, tuvo también en oportunidades similares claros pensamientos en cuanto a la misión que debía cumplir esta nación. El Presidente Nixon en el documento al cual me he referido, establece cinco principios básicos de su política hacia América Latina, señalando entre otros: "una firme consagración al Sistema Interamericano", "el respeto a la identidad y dignidad nacionales" y "el convencimiento de que la asistencia en materia económica debe ser de apoyo a las iniciativas latinoamericanas y concederse primordialmente con carácter multilateral". También en documentos producidos por importantes asesores políticos del actual gobierno se habla de la necesidad de aplicar una política coherente y darle primera importancia a las relaciones con América Latina. Entonces, si también en los Estados Unidos hay quienes sostienen la necesidad de lograr una nueva relación con América Latina fundada en el respeto y la amistad mutua, y orientada por líneas claras y consistentes de acción política. Y si iguales motivaciones están presentes en el sentir latinoamericano. Y si como el pueblo norteamericano creemos en la democracia e igualmente creemos en la libertad y en los grandes valores de nuestra civilización, ¿por qué los gobiernos se empeñan en no actuar con coherencia y no oír el corazón y la voz de unos pueblos que pugnan por establecer sobre bases sólidas una auténtica comunidad de naciones solidarias? Permitidme señores Embajadores y Representantes una última consideración sobre esta materia.

Les invito a ustedes a un diálogo. Este discurso se los haré llegar con el ruego de que lo envíen en nombre de mi país, del Presidente y de la Cancillería a vuestros gobiernos.

Quisiéramos más adelante oír las consideraciones de ustedes y de vuestros gobiernos sobre la posibilidad de iniciar ese diálogo de inmediato, y sobre las ideas que he expuesto, las cuales presento como aproximaciones para facilitar el inicio de nuestro diálogo, pero que pueden ser cambiadas, modificadas o eliminadas, porque lo importante es que nos sentemos en este Consejo a buscar caminos. Que los pueblos no nos vean indiferentes ante estos acontecimientos, y como incapaces de tomar en nuestras manos las riendas de los acontecimientos sociales para dominar nuestras propias circunstancias.

Pero antes de terminar, permítanme un desahogo nacional. He oído decir que la posición venezolana de apoyo categórico y pleno a la República Argentina se debe a la reclamación que sostenemos sobre la región del Esequibo, hoy en posesión de Guyana y que nos fueron arrebatadas por el imperio británico en la década de los años treinta en la centuria del 1800. Cuando he oído decir a jefes norteamericanos que con las Malvinas no ha pasado nada grave, que son cuestiones emocionales los planteamientos actuales y que pasarán rápidamente, pues las exigencias económicas obligarán a América Latina a postrarse ante los Estados Unidos. He rechazado con indignación tales aseveraciones por ofensivas y contrarias a la dignidad de nuestros pueblos, y asimismo rechazo la de que a Venezuela la mueve un interés derivado de su reclamación fronteriza. Hemos respaldado a la República Argentina en su justo reclamo, en primer lugar por un deber de gratitud. Porque en 1902 cuando nuestras costas eran las amenazadas por las cañoneras europeas, nuestra hermana República, pese a su tradición de estrechos vínculos con Inglaterra, encontró en las reservas de su nacionalidad, la fuerza de oponerse a Inglaterra y acompañar a Venezuela. Allí quedó entonces como un símbolo de solidaridad y dignidad, la Doctrina Drago, enriqueciendo el derecho internacional americano. Deuda que en el tiempo mi país ha querido compensar y enlazar con nuestra indeclinable posición de combate sin tregua contra el colonialismo y la opresión, para decir que en la Venezuela de hoy, no ha muerto el espíritu que alentó a sus mejores hijos a incorporarse en la epopeya sin par de la emancipación americana.

Nosotros nunca hemos salido de Venezuela a ofender a nadie. Nos preciamos de ser un país que en su origen tenía un millón de kilómetros cuadrados, reconocido en su *Uti Possidetis Juris*, y ahora estamos en 916.490 km². Hemos visto disminuir nuestra geografía víctimas de voracidades expansionistas y coloniales, sin embargo nunca hemos tenido un conflicto armado con ningún país. Y no ha sido por cobardía, pues nuestro coraje y valentía lo hemos probado en más de una oportunidad. No sólo ayer en los campos de batalla, sino en los sucesivos acontecimientos de nuestra vida republicana en los cuales hemos ido labrando al riesgo de nuestras vidas, el sistema democrático y el estado de derecho que constituyen la mejor realización del presente venezolano. Lo hemos logrado al precio del dolor y del sufrimiento. Cuando Venezuela se ha visto sometida a dictaduras, los dictadores no han tenido paz, y si es verdad que las cárceles han estado llenas y los cementerios se han duplicado es porque ha habido combatientes, es porque ha habido arterias dispuestas a romperse, porque ha habido corazones dispuestos a entregarse por la causa de la libertad. Cuando salimos de nuestro país para llevar la libertad al extremo del Continente nuestras armas

regresaron victoriosas pero pobres, con el solo polvo del camino, sin sumar un pedazo a la tierra en la cual habían nacido los corazones y los brazos de los hombres que las usaron para acabar con la opresión. Allí están en el primer plano de la historia de América con visión universal, Miranda, Bolívar, Sucre y Urdaneta y tantos otros más. Y allí también están en el primer plano del pensamiento y las letras, Don Andrés Bello y Simón Rodríguez.

Nunca hemos pedido contrapartida, nos hemos entregado y nos seguimos entregando; por eso debo decir que cuando el gobierno del Presidente Herrera fijó esta posición no hizo más que recoger la voluntad de todo el país. Venezuela estaba consciente de que su situación de hoy debía ponerla al servicio de la solidaridad continental. Estamos conscientes de que tratarán de pasarnos factura por esta posición pero cualquiera que sea la que nos pasen, nunca podrá alcanzar, ni siquiera rozar, el inmenso respeto que tenemos por nuestra propia historia y nuestra vocación de servicio a la causa de América.

Cité los términos de la capitulación con la que Sucre enseñó a Europa y al mundo, la nobleza e hidalguía del gentilicio americano. Quiero citar para cerrar, las palabras con que en aquel momento culminante, cuando frente al Cerro de Cundurcunqui se abría el Valle de Ayacucho para recibir el estallido de la batalla que pondría término a la guerra por la emancipación americana, irguiéndose frente a sus seis mil soldados que iban a enfrentar a los diez mil que constituían el ejército de España, les sembró coraje en el ánimo diciéndoles: "Soldados, de los esfuerzos de hoy depende la suerte de la América del Sur", y mirando hacia el Cundurcunqui exclamó: "Otro día de gloria va a coronar nuestra admirable constancia".

Pienso, señores, que hemos sido constantes. Desde el nacimiento de la Unión Panamericana hasta hoy es mucho lo que se ha evolucionado, así no se quiera reconocer. Desde el nacimiento de la Unión Panamericana es mucho el trecho que se ha recorrido; es posible que hoy oscuros nubarrones ensombrezcan nuestros cielos; es posible que hoy padezcamos de una inmensa debilidad en nuestras relaciones frente al mundo; pero todo podemos vencerlo, si nos damos cuenta de lo que hemos sido capaces de hacer; si no nos dejamos imponer el peso del presente. Si nos hacemos eco del pasado no para verlo con añoranza o para sentirnos acomplejados ante el brillo de sus realizaciones, sino para recoger su reto; y sintiéndonos acuciados por la magnitud del compromiso, avanzar en la búsqueda de nuestro propio camino. Por eso digo a ustedes, señores Embajadores y Representantes que en nuestras manos está el destino. Nuevamente, "de los esfuerzos de hoy depende la suerte de América del Sur". En vuestras manos dejo esta decisión de *diálogo para la decisión*, convencido de que ello será nuestro mejor esfuerzo para darle a este continente un presente, sin poderosos y pequeños, donde sólo haya pueblos, con una sola bandera: la redimida bandera de la soberanía y de la solidaridad para la seguridad y el desarrollo, con libertad, justicia y paz.